

BIBLIOTECA ANARQUISTA

An 33

183

EVOLUCION Y REVOLUCION

POR

ELISEO RECLUS

LA COMMUNE DE PARÍS

POR

PEDRO KROPOTKIN

Precio: 50 céntimos.

MADRID

IMPRENTA POPULAR

1, Plaza del Dos de Mayo, 4.

BIBLIOTECA ANARQUISTA

EVOLUCIÓN Y REVOLUCIÓN

POR

ELISEO RECLUS

LA COMMUNE DE PARÍS

POR

PEDRO KROPOTKIN



MADRID

Administración: calle del Amparo, n.º 94.

1891



EVOLUCION Y REVOLUCION

La evolución es el movimiento infinito de todo lo que existe, la transformación incesante del universo y de todas sus partes desde los orígenes eternos y durante infinidad de edades. Las vías lácteas que hacen su aparición en los espacios sin límites, que se condensan y se disuelven durante millares y millares de siglos; las estrellas, los astros que nacen y mueren; nuestro torbellino solar, con su astro central, sus planetas y sus lunas; y en los estrechos límites de nuestro globo terráqueo, las montañas que surgen y desaparecen, los océanos que se forman y agotan, los ríos que se ven serpear por los valles y después secarse como el rocío de la mañana; las generaciones de plantas, animales y seres que se suceden desde el hombre al mosquito, no son otra cosa que el fenómeno de la gran evolución que arrastra todas las cosas en su incesante funcionalismo.

En comparación de este hecho primordial de la evolución y de la vida universal, ¿qué son estos pequeños acontecimientos que llamamos revoluciones astronómicas, geológicas ó políticas? Vibraciones casi insensibles; apariencias, por así decirlo. Las revoluciones se suceden en la evolución universal por miríadas de miríadas, y á pesar de su pequeñez forman parte de ese incesante flujo y reflujo.

Así la ciencia no establece ninguna diferencia entre estas dos palabras evolución y Revolución, que tienen entre sí gran semejanza, á pesar de que los que las emplean en su acepción política y social les dan comúnmente un sentido opuesto en absoluto. La palabra evolución, sinónimo de desarrollo gradual en las ideas y en las costumbres, preséntase para ciertas gentes como si fuese lo diametralmente opuesto á esta espantosa palabra Revolución, que implica cambios más ó menos bruscos en los hechos, y que, según éstos sean, produce catástrofes parciales.

Ahora bien, ¿puede hacerse la transformación en las ideas sin producir desequilibrios en la vida? ¿No debe suceder la revolución á la evolución, del mismo modo que el acto sucede á la voluntad de obrar? En el fondo ambas son una misma cosa, y no difieren mas que en la época de su aparición. Si creemos en el progreso normal de las ideas, y, por otra parte, reconocemos que

han de producirse ciertas resistencias, queda por este hecho establecida la necesidad de sacudidas exteriores que cambien la forma de la sociedad.

Paso á la demostración, no sirviéndome para ello de términos abstractos, sino apelando á la observación y la experiencia de todos y valiéndome de argumentos del dominio común. Yo soy sin duda uno de esos á quienes se considera como «temibles revolucionarios;» he pertenecido hace años á la Asociación Internacional de los Trabajadores, sociedad próscrita por la ley y cuyo solo nombre impone á los que le usan el tratamiento de «malhechores»; me cuento también en el número de los que sirvieron «á la execrable Commune» — «horror de las gentes honradas;» — pero por feroz que sea, sabré colocarme fuera, ó, mejor dicho, por encima de mi partido, para estudiar sin pasión ni rutina personal, y desde el punto de vista general y puramente humano, las evoluciones actuales y las revoluciones próximas de la humanidad. Ya que se nos castiga, tenemos el derecho de que se nos escuche.

Debemos sentar ante todo que si se acepta voluntariamente la palabra evolución aun por aquellos que ven á los revolucionarios con horror, débese á que no se dan cuenta del valor de la palabra, porque no quieren la esencia de la cosa á ningún precio: hablan del progreso en términos generales, pero le rechazan en detalle; encuentran que la sociedad actual, aunque reconocen que es mala, debe conservarse; les basta con que realice su ideal: riqueza, poder y bienestar. Ya que hay ricos y pobres, amos y servidores, poderosos y súbditos, césares que ordenen el combate y gladiadores que se sacrifiquen, los juiciosos deben ponerse del lado de los ricos y de los amos y hacerse los cortesanos de los césares, y esta bella sociedad les dará pan, dinero, posición y honores; no pueden quejarse. Persuádense fácilmente que los demás se hallan tan satisfechos como ellos, porque para el ahito todo el mundo ha comido bien, y escarbándose con el mondadientes, contemplan con plácida satisfacción las miserias de la «vil multitud», del «rebaño de los sometidos.» Todo va bien; ¡desgraciado del hambriento que con su queja turbe la digestión del satisfecho! Y si la sociedad no ha provisto desde la cuna á todas las necesidades y caprichos del egoísta, al menos le facilita el camino por la intriga ó la adulación, y no tiene para él importancia alguna la evolución social, ya que evolucionar hacia la fortuna es su única ambición.

Pero si la palabra evolución sólo sirve frecuentemente para que los que más la pronuncian disfracen hipócritamente una men-

tira, es una verdad para los revolucionarios: estos son los únicos evolucionistas. Saliéndose de las antiguas fórmulas, que para ellos carecen ya de sentido, buscan la verdad fuera de la enseñanza de las escuelas, y someten á crítica todo lo que los gobernantes llaman orden, todo lo que los maestros llaman moral. Los revolucionarios crecen, se desarrollan, viven y tratan de comunicar su vida; lo que han aprendido lo proclaman en alta voz; lo que saben tratan de realizarlo; el estado actual de las cosas pareceles inicuo y quieren modificarlo de conformidad á un nuevo ideal de justicia; no les basta haber emancipado su inteligencia, desean también emancipar la de los otros, libertar la sociedad de toda servidumbre; lógicos en su evolución, quieren lo que piensan, y acompañan la acción á la voluntad.

Hace algunos años hízose de moda en el mundo oficial y cortesano repetir que el ideal de la emancipación había muerto decididamente. Un hombre hábil en las cosas pequeñas, pero impotente para las grandes y generosas, un aventurero afortunado y vanidoso que odiaba al pueblo porque le recordaba su pobre origen, alabóse oficialmente de haberle dado el golpe de muerte; creía haberle exterminado en París, haberle enterrado en la fosa del Padre Lachaise. Únicamente en la Nueva Caledonia, en los antípodas, pensaba, podrían encontrarse algunas débiles muestras de los que en otro tiempo fueron revolucionarios. Siguiendo á M. Thiers, todos sus amigos de Europa se apresuraron á repetir sus palabras y de todas partes surgió un canto de triunfo.

Sin embargo, la alegría causada por tal desaparición duró poco. Yo no sé qué mala conciencia decía á los conservadores que á pesar de todo quedaban revolucionarios y que éstos no estaban tan muertos como el siniestro viejo había pretendido. En efecto, nadie puede ya dudar de la resurrección del socialismo. En todas sus asambleas los obreros franceses se pronuncian únicamente por la apropiación del suelo y de las fábricas, considerada como el punto de partida de la nueva era económica. Resuena en Inglaterra el grito de «nacionalización de la tierra», y los grandes propietarios temen que el pueblo se desborde contra ellos. Los partidos políticos solicitan los sufragios de los irlandeses prometiéndoles en cambio la confiscación de la tierra, comprometiéndose de antemano á cometer un atentado contra la sacrosanta propiedad. Hemos visto en los Estados Unidos á los obreros dueños durante ocho días de todos los caminos de hierro de la Indiana y de una parte de los que se dirigen al Atlántico, y si hubiesen tenido clara conciencia de la situación, podían haber llevado á efecto una gran revolución casi sin disparar un tiro.

Los que conocen á Rusia saben que los aldeanos, todos sin excepción, reivindican la tierra, toda la tierra, y quieren despojar de ella á los señores. Así se cumple la evolución. El ejército de individuos que desea cambiar el estado social ha vuelto á ponerse en marcha, y la multitud en movimiento se precipita sin que ningún gobierno ose ya cerrar los ojos á la presencia de esas grandes masas; antes al contrario, el poder exagera su número y trata de combatir las por leyes absurdas y vejámenes irritantes: el miedo es mal consejero.

Prodúcese á veces un gran silencio. Al día siguiente de una matanza, cuando un signo ó una palabra se castiga, escasean los hombres que se atreven á arrostrar el peligro. Los que aceptan el papel de víctimas por una causa cuyo triunfo está aún lejano ó dudoso son muy raros: no tiene todo el mundo el heroísmo de los nihilistas rusos que componen periódicos en el centro mismo de sus enemigos y van á fijarlos sobre los muros guardados por centinelas. Es preciso sentirse muy fuerte para tener derecho á censurar á los que no se declaren anarquistas cuando su trabajo, es decir, la vida de su familia, depende de ello. Pero si todos los oprimidos no son héroes, no por eso sienten menos el sufrimiento, y grande es el número de los que reflexionan sobre sus intereses.

Localidad hay donde no existe un solo grupo organizado, y sin embargo, todos los obreros, sin excepción, son revolucionarios más ó menos conscientes; por instinto aplauden al compañero que les habla de un estado social en que todo el producto del trabajo pase á manos del trabajador. Este instinto contiene en germen la revolución futura, porque de día en día se precisa y se transforma en conocimiento claro y concreto. Lo que el obrero sentía vagamente ayer, lo sabe hoy, y cada nueva experiencia le afirma en su saber. Los campesinos que no pueden alimentarse con el producto de su pedazo de tierra, y aquellos, mucho más numerosos aún, que no son propietarios ni de un terrón de arcilla, comienzan á comprender que la tierra debe pertenecer á los que la cultivan. Antes era por instinto, ahora lo saben experimentalmente y se preparan á hablar el lenguaje preciso de la reivindicación.

Tal es el estado de las cosas. ¿Cuál será su solución? La evolución que se opera en el espíritu de los trabajadores; es decir, en gran número, conducirá forzosamente á la revolución, á menos que los defensores del privilegio cedan graciosamente á la presión de abajo, y esto nos enseña la historia que no lo harán. Superficialmente considerado, parece lo natural que se estableciese el acuerdo entre los hombres. La tierra es asáz inmensa para

contenernos, suficientemente rica para que todos pudiésemos gozar de bienestar, produce frutos de sobra para que todos coman, bastantes plantas fibrosas para que todos vestan, piedra y arcilla de sobra para que todos tengan casa; hay lugar para que todos los humanos tengan asiento en el banquete de la vida: tal es el hecho económico en su sencillez.

¿Qué importa! dicen los unos. Los ricos derrocharán á capricho lo que les convenga de esos tesoros; los intermediarios, especuladores y chalanos de toda clase, manipularán el resto; los ejércitos destruirán una buena parte, y la masa del pueblo tendrá el último residuo. «Siempre habrá pobres entre nosotros,» espetan los satisfechos, citando una palabra que suponen pronunciada por un dios; si su dios ha querido recrearse en la existencia de miserables, allá se las arregle; nosotros creamos nuevamente el mundo de otro modo. «No, ¡no debe haber pobres! Puesto que todos los hombres tienen necesidad de habitación, de vestido, de calor y de alimento, que todos tengan lo necesario y que nadie padezca frío ni hambre!» Los temibles revolucionarios no necesitamos que un dios nos inspire esas palabras: son humanas, y eso nos basta.

Existen, pues, dos sociedades opuestas en la humanidad; se entrelazan, diversamente ligadas acá y allá por los que quieren, sin llegar á determinarse, avanzar para retroceder; pero si elevamos nuestra consideración sin tener en cuenta los inciertos y los indiferentes que el destino mueve como el viento las olas, es seguro que el mundo actual se divide en dos campos: los que pretenden conservar la pobreza, es decir, el hambre para los demás, y los que reivindican el bienestar para todos. Entre esos dos campos parece á primera vista que las fuerzas son muy desiguales. Los sostenedores de la sociedad actual tienen las propiedades sin límites, la renta que se cuenta por miles de millones, el poder del Estado con los ejércitos de empleados, de soldados, de polizontes, de magistrados y todo el arsenal legislativo. Y los revolucionarios, los constructores de la sociedad nueva, ¿qué pueden oponer á todas esas fuerzas organizadas? ¿Nada, pensáis? Sin dinero, sin ejército, sucumbirían, en efecto, si no representasen la evolución de las ideas y de las costumbres. Nada son, pero tienen de su parte el movimiento del pensamiento humano. La ola del tiempo los empuja.

La forma exterior de la sociedad debe cambiar en proporción del impulso interior. No hay hecho histórico mejor averiguado. Es la savia que forma al árbol y le da sus hojas, sus flores y sus frutos; es la sangre que vivifica al hombre; son las ideas que

sostienen la sociedad. No hay conservador que no se lamente de que las ideas, las costumbres, todo lo que constituye la vida íntima de la humanidad, se haya modificado desde «aquellos buenos tiempos pasados». Resulta evidente que las formas sociales deben cambiar, y que la revolución surgirá en razón del trabajo interior de las inteligencias.

Evoque cada uno sus recuerdos y verá los cambios que se han efectuado en la manera de pensar desde la mitad de siglo. Tomemos sólo por ejemplo el hecho capital de la disminución del respeto. Verdaderamente desaparece; no ese respeto debido á las personas de rectitud y de merecimientos, sino esa humillación vergonzosa que se aplica á la riqueza y á la posición, ese servilismo de esclavo que impulsa á la multitud de los babiecas hacia el paso de un rey, ó que admira con la boca abierta los lacayos y los trenes de un gran personaje. Y no solamente el respeto desaparece, sino que aquellos que se creen con derecho á la consideración de todos son los primeros que comprometen su papel de seres sobrehumanos. Los antiguos soberanos de Asia conocían el arte de hacerse adorar: se veían de lejos sus palacios, sus estatuas se levantaban por todas partes; se leían sus edictos, pero no se mostraban al pueblo; sus más íntimos familiares se les presentaban de rodillas; sólo alguna, muy rara vez, se alzaba como la punta de un velo para dejarse ver como un relámpago y desaparecer súbitamente, quedando deslumbrados los que les habían visto. Entonces el respeto era bastante profundo para producir estupor: un mudo llevaba á los condenados un cordón de seda, y eso bastaba; toda lamentación era inútil. Ahora se ha visto á un soberano dar orden por telégrafo de que se le prepare su palco del teatro para asistir á la representación de *Orfeo en los Infiernos* ó de *La gran Duquesa de Gerolstein*; es decir, para tomar parte en la irrisión de todo lo que antes se tenía por más respetable: la divinidad y la soberanía. ¿Quién es el verdadero regicida, el hombre que mata al rey haciéndole el honor de tomarle como representante de toda una sociedad, ó el monarca que se injuria á sí propio riéndose de la gran duquesa ó del general Bum-Bum? Con esa conducta nos enseña que el poder político es una institución apollillada: guarda la forma, pero el respeto universal que le daba su valor ha desaparecido; ya no es mas que una especie de momia rellena de paja que sólo repugnancia inspira.

La instrucción que se esparce y que da á todos la misma concepción de las cosas contribuye á llevarnos por la vía de la igualdad. Si la instrucción sólo se diese en la escuela, los gobiernos podrían retener aún las inteligencias en la servidumbre;

pero hoy la instrucción se obtiene principalmente fuera de ella: en la calle, en el taller, ante las barracas de la feria, en el teatro, en el café, en el casino, en el vagón del ferrocarril, en las ciudades de otros países. Hoy todo el mundo viaja por lujo ó por necesidad; no hay reunión donde no se halle quien haya visitado distintas regiones, dándoles esto motivo para observar los contrastes que existen entre la aldea y la ciudad, la montaña y la llanura, el mar y la tierra firme. Los ricos viajan más que los pobres, es cierto, pero de ordinario viajan sin método; al cambiar de país no cambian de medio; hállanse siempre en su casa, por decirlo así; el lujo, los goces de los hoteles no les permiten apreciar las diferencias esenciales de tierra á tierra y de pueblo á pueblo; el pobre que tropieza con las dificultades de la vida es el que sin cicerone, sin guía, puede observar y retener mejor. La gran escuela del mundo exterior muestra igualmente los admirables prodigios de la industria humana á los pobres y los ricos, á los que han producido esas maravillas por el trabajo y los que de ellas se aprovechan. Ferrocarriles, grandes fábricas, máquinas hidráulicas, perforadoras, etc., se ofrecen igualmente á la consideración del desgraciado que del poderoso. Para el goce de alguna de esas grandes conquistas de la ciencia ha desaparecido el privilegio. El maquinista que dirige su locomotora, aumentando ó disminuyendo la velocidad según su deseo, no se cree inferior al soberano que, encerrado en un vagón dorado detrás de él, hállase también poseído de temor ante el peligro de una explosión, de un desarreglo del mecanismo ó del tropiezo con un cartucho de dinamita.

La vista de la naturaleza y de las obras humanas, la práctica de la vida, esos son los colegios donde se hace la verdadera educación de las sociedades contemporáneas. Las escuelas propiamente dichas tienen una importancia relativamente menor; sin embargo, también han sufrido su evolución en el sentido de la igualdad: no hace mucho tiempo toda la educación consistía en simples fórmulas, en frases místicas, en versículos de libros sagrados. Véase la escuela musulmana abierta al lado de la mezquita; allí pasan los niños largas horas deletreando y recitando versículos del Koran. También en las escuelas de los curas cristianos, protestantes ó católicos sólo se oyen necios cánticos, recitaciones absurdas en un lenguaje incomprensible. Pero en esas mismas escuelas, por efecto de la presión de abajo, se mezcla una nueva enseñanza á las tristes rutinas; en lugar de enseñar solamente fórmulas se exponen ahora hechos, se muestran relaciones, se señalan leyes. Cualesquiera que sean los comentarios con que el maestro acompañe lo que enseña, las cifras no

quedan por eso menos incorruptibles. ¿Qué educación prevalecerá, aquella según la cual dos y dos hacen cuatro y en que de la nada no se hace nada; ó la antigua enseñanza según la cual todo se ha creado de la nada y tres personas no son mas que una?

Seguramente la escuela primaria no es todo; no basta entrever la ciencia, es preciso estudiarla extensamente. También la evolución socialista exige que la escuela sea permanente para todos los hombres, y que después de haber recibido nociones de todo en los establecimientos de instrucción primaria, cada uno pueda desarrollarse integralmente en proporción de sus fuerzas intelectuales en el método de vida que haya libremente escogido. Esperando que eso se realice no debe desmayar el trabajador, porque toda gran conquista de la ciencia acaba por penetrar en el dominio público. Los sabios de profesión emplean siglos en el trabajo de investigación y de hipótesis, tienen que luchar contra infinitos errores y falsedades, pero cuando la verdad llega á ser conocida, frecuentemente, á pesar de esos mismos sabios, gracias á algunos revolucionarios generalmente rechazados, se revela en todo su esplendor patente y clara. Todos la comprenden sin esfuerzo; parece como si siempre hubiera sido conocida. En otro tiempo los sabios se imaginaban que el cielo era una cúpula redonda, un techo de metal, una serie de bóvedas, tres, siete, nueve ó trece, cada una con su procesión de astros, sus leyes diferentes, su régimen particular y sus legiones de ángeles y arcángeles para guardarla; pero desde que todos esos cielos superpuestos de que habla la Biblia y el Talmud han sido demolidos, no existe un niño que no sepa que el espacio es libre é infinito alrededor de la tierra. Ya casi no se aprende eso; es una verdad adquirida que forma parte de la herencia universal.

Lo mismo sucede con las grandes adquisiciones, sobre todo las de moral y las de economía política; no se aprenden, por así decirlo, se saben. Hubo un tiempo en que la gran mayoría de los hombres nacía, vivía esclava y no tenía otro ideal que un cambio de servidumbre; nunca se le ocurría pensar que un hombre vale tanto como otro. Ha aprendido ahora y comprende que esta igualdad virtual dada por la evolución debe cambiarse para siempre en igualdad real gracias á la revolución. Los trabajadores instruidos por la vida conocen ciertas leyes económicas mucho mejor que los economistas de profesión. ¿Hay un solo obrero para quien sean indiferentes las cuestiones del impuesto proporcional, y que no sepa que en último resultado todos los impuestos los pagan los pobres? ¿Hay un solo obrero que no conozca la terrible fatalidad de la dura ley que le condena á no recibir mas que una miserable pitanza; es decir, el salario exac-

to que le preserve de morir de hambre mientras sea explotable para el trabajo? Una triste experiencia le ha hecho conocer suficientemente esta ley fatal de la economía política.

De este modo, cualquiera que sea el origen de la instrucción, todos participan de ella, y el trabajador no es el que toma la menor parte. Que se haga un descubrimiento por un burgués, un noble ó un campesino; llámese el sabio Bernardo Palissy, el caballero Bacon ó el barón de Humboldt, el mundo entero utilizará sus investigaciones. Es muy cierto que los privilegiados quisieran guardar para sí el beneficio de la ciencia y dejar al pueblo en la ignorancia, pero su deseo egoísta no puede ya cumplirse; se encuentran en la situación de aquel mago de las *Mil y una Noches* que abrió el vaso en que diez mil años hacía dormía encerrado un genio; quisieran reducirle nuevamente á su estrecha morada, encerrarle bajo triple sello, pero han perdido la palabra del conjuro, y el genio ha quedado libre para siempre.

Esa libertad de la voluntad humana se ejerce ahora en todos sentidos, y prepara, no ya pequeñas revoluciones parciales, sino una revolución general que alcanzará en conjunto á todas las manifestaciones de la sociedad. No se engañan los conservadores cuando lanzan á los revolucionarios el epíteto general de enemigos de la religión, de la propiedad y de la familia; sí, rechazamos la autoridad del dogma y la intervención de lo sobrenatural en la naturaleza, y en ese sentido, por ardiente que sea la lucha por la realización de nuestro ideal, somos enemigos de la religión; sí, queremos la supresión del tráfico matrimonial, queremos las uniones libres fundadas sólo sobre el afecto mutuo, el respeto de sí propio y la dignidad ajena, y en ese sentido, por amantes que seamos de aquellos cuya vida está asociada á la nuestra, somos enemigos declarados de la familia jurídica; sí, queremos suprimir el acaparamiento de la tierra y del capital para reintegrar á todos en su posesión, y en ese sentido, por celosos que seamos de asegurar á la humanidad el goce de los frutos de la tierra, somos enemigos de la propiedad.

La corriente evolucionaria nos empuja á todos hacia un porvenir muy diferente del estado actual, y es inútil que se trate de oponer obstáculos al destino. De todos los diques, el más sólido, el de la religión, ha perdido su poder; agrietado por todas partes, hace agua, se inclina y en un plazo más ó menos largo se vendrá abajo.

Es indudable que la evolución contemporánea se verifica completamente fuera del cristianismo. En otro tiempo la palabra *cristiandad*, análoga á *catolicismo*, gozaba un sentido universal y se aplicaba efectivamente á todo un mundo de hermanos, que has-

ta cierto punto tenían las mismas costumbres, las mismas ideas y una civilización semejante; pero en nuestros días no puede el cristianismo sostener la pretensión de ejercer una acción civilizadora, y cuando se dice de los ingleses ó de los rusos que sus armas van á llevar á lejanas regiones el cristianismo y la civilización, todo el mundo comprende la ironía que encierra ese lenguaje. El manto del cristianismo no cubre todos los pueblos que han entrado en la civilización contemporánea por su cultura y su industria: los parsis de Bombay y los brahmanes de Benares aceptan nuestras ciencias con entusiasmo, y sólo tienen para los misioneros cristianos una ceremoniosa cortesía; los japoneses, que tan predisuestos se hallan á imitarnos, se guardan bien de acoger nuestras religiones; los chinos son demasiado astutos y avisados para dejarse convertir. «¡No tenemos necesidad de vuestros curas, dice una poesía escrita en inglés por un chino; nos sobran con los nuestros, tonsurados ó con coleta; lo que necesitamos son vuestras armas y vuestras ciencias para combatirlos y expulsarlos de nuestro país como el viento arrebatara las hojas secas!»

El cristianismo, pues, cubre de nombre la mitad del mundo civilizado, y aun allí donde se le considera como dominante es más bien una fórmula que una realidad, y sus más celosos devotos no son sino repugnantes hipócritas. Separando todos aquellos cuyo cristianismo consiste en haber sido bautizados ó en hallarse su nombre inscrito en un registro parroquial, ¿cuántos individuos hay cuya vida diaria corresponda á los dogmas que profesan y cuyas ideas sean siempre, como debieran para ser lógicos, las de otro mundo? Esos cristianos, cuya perfecta sinceridad haría respetables, no se encuentran ni en la misma «Roma protestante», que es una ciudad que conserva viva la tradición. En Ginebra como en Oxford, como en todos los centros religiosos, como por todas partes, las grandes preocupaciones halláanse fuera de la Iglesia; diríjense hacia la política y sobre todo hacia los negocios. Los principales representantes de la sociedad falsamente llamada cristiana son los judíos, «reyes de la época». Y entre los que se ocupan de las cosas elevadas de la ciencia, del arte, de la poesía ¿cuál es el número de los que sin verse obligados á ello trata de teología? Ved lo que sucede en la universidad de Ginebra: en todas las asignaturas, medicina, historia natural, matemáticas, aun en la jurisprudencia, encontraréis oyentes voluntarios; ni uno asiste á la de teología. La religión cristiana es como una capa de nieve que se derrite á la acción del sol; perdida la primitiva blancura, surcada y pisoteada por todas partes, descubre el fango que bajo aquel blanco suelo se oculta.

Esa religión que de tal modo se desprende de la sociedad europea era muy cómoda para explicar la miseria, la injusticia y la desigualdad sociales; tenía una solución para todo, el milagro; una voluntad suprema todo lo había ordenado, todo se hallaba arreglado de antemano; la injusticia era un mal aparente que servía de preparación para un bien futuro. «¡Dios da de comer á los pajarillos! ¡Destina á los afligidos la bienaventuranza eterna! ¡Las miserias de la tierra son precursoras de las felicidades del cielo!» En tanto que el oprimido creyó esas cosas no se cansó de repetir las; pero esas palabras han perdido ya todo crédito y sólo aparecen en la menuda literatura de los tratados religiosos.

¿Cómo reemplazar la religión que desaparece? Si el obrero no cree en el milagro, ¿podrá hacérsele creer en la mentira? Esta consideración determinó á sabios, economistas, académicos, comerciantes y hacendistas á introducir en la ciencia esta proposición atrevida: «La propiedad y la prosperidad son siempre la recompensa del trabajo.» Vergüenza causa discutir semejantes aserciones. Pretendiendo que el trabajo es el origen de la fortuna, los economistas saben perfectamente que no dicen la verdad; lo mismo que los anarquistas saben que la riqueza es el producto, no del trabajo personal, sino del trabajo ajeno, no ignoran aquellos que los azares de la Bolsa y las especulaciones que crean las grandes fortunas tienen la misma relación con el trabajo que las hazañas de los bandidos en una encrucijada; no pueden creer que el individuo que dispone de una renta diaria que bastaría para asegurar la vida de innumerables familias tenga una inteligencia y una actividad infinitamente superior al término medio de la inteligencia humana. ¡Es indigno discutir el origen de la desigualdad social; es ser víctima y cómplice entretenerse en esos argumentos hipócritas!

Pero he aquí que se emplea un razonamiento de otra especie, que al menos tiene el mérito de no reposar sobre una mentira: se invoca ahora contra las reivindicaciones sociales el derecho del más fuerte. La teoría de Darwin acaba de hacer su entrada en la ciencia y se cree poder esgrimirla contra nosotros. En efecto, el derecho del más fuerte es el que triunfa por el acaparamiento de las fortunas. El que es materialmente más apto, el más astuto, el más favorecido por su nacimiento, por su instrucción, por sus amigos, el mejor armado, el que encuentra delante de sí enemigos más débiles, es el que tiene más probabilidades de triunfar. Así se ha decidido el grosero combate de los egoísmos en lucha. En tiempos pasados faltaba valor para declarar esa teoría del hierro y del fuego; hubiese parecido demasiado violenta, y se preferían las palabras dulces; pero los descubrimientos de la cien-

cia relativos á los combates de la existencia entre las especies y á la supervivencia de las más vigorosas han permitido á los teóricos de la fuerza quitar á su lenguaje lo que tenía de insolente, y dicen: «¡ Ya lo veis; es la ley fatal! ¡Así lo quiere el destino de la humanidad!»

Debemos felicitarnos de que la cuestión se haya simplificado de ese modo, porque así está más próxima la solución. ¡Reina la fuerza, dicen los teóricos de la desigualdad social! ¡Sí, reina la fuerza! proclama también la industria moderna en su perfeccionamiento brutal. Pero lo que dicen los economistas, lo que repiten los industriales, ¿no podrán también decirlo los revolucionarios? La ley del más fuerte no funcionará siempre en provecho de la industria. «La fuerza se antepone al derecho,» dicen; pero puede prepararse el día en que la fuerza se someta al derecho. Si es verdad que las ideas de solidaridad se extienden, que las conquistas de la ciencia acaban por penetrar en las capas profundas, que las verdades se convierten en propiedad de todos, que la evolución se hace en el sentido de la justicia, los trabajadores, que tienen al mismo tiempo el derecho y la fuerza, ¿no se servirán de ellas para hacer la revolución en provecho de todos? ¿Qué podrán contra las masas asociadas los individuos aislados, por fuertes que se crean con el dinero, la inteligencia y la astucia?

En ninguna de las revoluciones modernas hemos visto á los privilegiados combatir solos. Siempre se apoyan en ejércitos de pobres, á los cuales enseñan la falsa religión de la bandera y consagran después á lo que se llama el sostenimiento del orden. Cinco millones de hombres, sin contar la policía alta y baja, hállanse dedicados á esta obra en Europa; pero esos ejércitos pueden desorganizarse, y recordar los lazos de origen y de porvenir que los une á la masa popular, y puede también faltar energía á la mano que los dirige; compuestos en gran parte de proletarios, esos ejércitos quizá sean para la sociedad burguesa lo que los bárbaros á sueldo del imperio fueron para la sociedad romana: un elemento de disolución. La historia abunda en ejemplos del terror que en tales casos se apodera de los poderosos. Cuando los desdichados desheredados se hayan unido; cuando conozcan bien sus sufrimientos y su objeto, no hay duda que se presentará la ocasión de emplear la fuerza al servicio del derecho, y por fuerte que sea el amo que entonces impere, será muy débil enfrente de todos los hambrientos ligados contra él: á la gran evolución que ahora se cumple sucederá la gran revolución tanto tiempo esperada.

Ya los signos precursores anuncian el movimiento revolucionario: el 1.º de Mayo del año 90 los obreros del mundo entero se

han unido en un mismo pensamiento para responder á la invitación de un desconocido, quizá de un compañero australiano. ¿No se ha probado ese día la resurrección de la Internacional, sin obedecer á la voz de los jefes sino á la presión de las masas? Ni los «sabios consejos» de los directores socialistas ni el aparato represivo de los gobiernos han podido impedir que los oprimidos de todas las naciones se considerasen hermanos en todos los puntos del planeta; á pesar de que se trataba de cosa poco importante, de una palabra de unión, de un hecho de paso, los trabajadores se han conmovido como por una sacudida eléctrica. El grito de «ocho horas de trabajo», proferido de un extremo al otro del mundo, no es revolucionario, porque no tendría otro resultado, si fuera favorablemente acogido, que el de confirmar los poderes de los patronos. Solamente esta palabra de recuerdo, esta fecha fija, han adquirido un sentido épico por su universalidad. La fuerza de las cosas; es decir, el conjunto de las condiciones económicas, hará ciertamente nacer, por una ú otra causa, á propósito de algún hecho imprevisto, una de esas crisis repentinas que apasionan hasta á los más indiferentes, y veremos de repente brotar esa inmensa energía almacenada en el corazón de los hombres por los sufrimientos y los odios no vengados. La situación se halla tan cargada que es muy fácil que estalle, ¿quién sabe? quizá por un hecho insignificante. El despedir un obrero, una huelga local, un atropello fortuito, pueden ser la causa de la revolución, como una pequeña chispa produce la explosión de un polvorín. El sentimiento de solidaridad gana más terreno cada día, y las sacudidas al parecer locales repercuten en toda la humanidad. Hace apenas dos años que un obrero propuso, no recuerdo dónde, la huelga general. Al principio pareció una quimera; después se repitió más alto, y hoy vibra tan fuerte en el espacio que los capitalistas tiemblan. Sí; la huelga general no es imposible. Los asalariados ingleses, belgas, franceses, alemanes, españoles, americanos, australianos comprenden que de ellos depende rehusar el trabajo á sus patronos en un mismo día, y si lo comprenden, ¿por qué no podrán practicarle mañana? El huracán de la tormenta se cierne sobre los pueblos como sobre el oceano: aguardemos la tempestad...

Dondequiera que vayamos, Londres, Barcelona, Bruselas, Sydney, Chicago, Buenos Aires, tenemos compañeros que sienten y hablan como nosotros. Bajo la gran fortaleza que han edificado los herederos de la Roma cesárea y papal, el suelo está minado y se aguarda la explosión. ¿Se encontraría hoy, como al final del último siglo, Luises XV tan indiferentes que se encogieran de hombros diciendo: «Tras de mí el diluvio?» Seguro que

no, pues nadie ignora ya que la catástrofe es inminente. Baltasar, á través de los vapores de la orgía, descubre á los persas que escalan las murallas de la ciudad.

A nuestros enemigos no se les oculta que persiguen una obra funesta, mientras que nosotros sabemos que la nuestra es buena; ellos se detestan, nosotros estrechamos los lazos de fraternidad; ellos tratan de hacer retrogradar la historia, nosotros marchamos con ella.

Así se anuncian los grandes días. La evolución se ha hecho; la Revolución no tardará. Por otra parte, ¿no se realiza constantemente á nuestra vista por múltiples sacudidas? Cuanto más conciencia tengan los trabajadores, que son el número, mucho más fáciles serán las revoluciones, pues toda oposición cederá. Llegará día en que la evolución y la Revolución, sucediéndose inmediatamente del deseo al hecho, de la idea á la realización, se confundirán en un solo y mismo fenómeno; que así es como funciona la vida en todo organismo, sea el de un hombre, sea el de un mundo.

